aquella raza hubiese existido en lo antiguo alguna práctica pública ó secreta de aquella manera de sepultar ciertos cadáveres, en la época en que vivía entre nosotros tolerada y se le permitía gobernarse por su legislación particular.

Como quiera que ello sea, deseoso yo de contribuir con mi granito de arena al levantamiento de la grandiosa obra de la reconstrucción de nuestra historia patria, confiado tan dignamente á la sabiduría de esta ilustre Academia, me permito darla cuenta de los descubrimientos que quedan consignados.

Madrid 4 de Noviembre de 1882.

ROMÁN ANDRÉS DE LA PASTORA,
Presbitero,
Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

III.

EXPEDICIÓN CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA Á LA SIERRA DE FRANCIA, PROVINCIA DE SALAMANCA, EN EL MES DE JULIO AÑO DE 1857.

Parte arqueológica.

Aprovechando la ocasión de salir los catedráticos de Historia Natural y Física experimental de esta Universidad, para una expedición científica á la Sierra de Francia, el que suscribe, catedrático de Jurisprudencia de esta Universidad y secretario de la Comisión de monumentos de esta provincia, tuvo la satisfacción de unirse á sus comprofesores, para hacer por su parte observaciones arqueológicas en algunos de los pueblos que la expedición debía recorrer.

Al efecto salimos de Salamanca en la tarde del dia 7 de Julio para pernoctar en Villalba de los Llanos. El objeto de visitar este pueblo era para averiguar el paradero de los restos mortales de

célebre D.ª María de Monrroy (a) *la Brava Salmantina*, la que vengó el asesinato de sus hijos cortando la cabeza á los jóvenes de la familia de Manzano, que los había asesinado y viniendo desde Portugal con ellas puestas en la punta de dos picas, á depositarlas sobre el sepulcro de sus hijos en la parroquia de Santo Tomé de los Caballeros, que actualmente se está demoliendo por amenazar inminente ruina. Esta venganza dió ocasión á los sangrientos bandos que inundaron de sangre las calles de Salamanca á mediados del siglo XV, hasta que logró calmar á los contendientes el célebre San Juan de Sahagun, llamado por este motivo *el Apóstol de Salamanca.*

La tradición vulgar aseguraba que el sepulcro de dicha señora se hallaba también en la misma parroquia de Santo Tomé, cerca del de sus malogrados hijos, y aun designaba como tal uno de los sepulcros próximos á desaparecer. Con este motivo el secretario de la Comisión de monumentos que suscribe y los apoderados de las casas de Abrantes, Gor y la Roca, emparentados con dicha señora, procedieron á reconocer el sepulcro previa la autorización del ordinario y á presencia del señor cura párroco. Dudábase que pudiera estar el sepulcro de D.ª María *la Brava* en la parroquia de Santo Tomé, á pesar de lo que la tradición aseguraba, por constar en el archivo del Excmo. Sr. Duque de Abrantes, que aquella señora se hallaba enterrada en Villalba de los Llanos, según había mandado en vida.

El sepulcro estaba en un arco cerrado de la parroquia de Santo Tomé: caido el tabique se halló una hermosa figura yacente de mujer con un elegante traje del tiempo de D. Juan II, plegado con mucha gracia y hasta coquetería. El tocado de la figura es digno de estudio, y la Comisión de monumentos ha reclamado por este motivo la dicha figura yacente para su museo.

El esqueleto de la señora enterrada en la urna de piedra, tenía aún adherida al cráneo una redecilla igual á la que tenía la figura yacente. Mas al momento se conoció que aquel esqueleto no podía ser el de D.ª María *la Brava*, sino de persona mucho más jóven. Así lo certificó en el acto el Sr. D. Andrés La Orden, decano de la facultad de medicina de la Universidad, que se halló presente al reconocimiento, asegurando, que la edad de aquella

persona cuyos fueron los restos debía de ser de unos 24 años al tiempo de morir.

La siguiente inscripción hecha en la iglesia de Villalba de los Llanos pone ya fuera de toda duda que el entierro de D.ª María *la Brava* se verificó en este pueblo y no en la parroquia de Santo Tomé de Salamanca. En el centro de la capilla mayor y al pié de las gradas para subir al pequeño presbíterio, hay una lápida de unas cinco cuartas de largo por tres de ancho en cuyo centro se ven las armas de los Enriquez de Sevilla, que consisten en un escudo acuartelado, con dos castillos y dos cruces negras y alrededor esta leyenda:

AQUÍ YACE D. ENRIQUE ENRIQUEZ VIZNIETO DEL YNFANTE DON ENRIQUE QUE DIOS PERDONE Y DE D.ª MARÍA DE MONROY LA BRAVA, FUNDADORES DEL MAYORAZGO DE VILLALBA Y DE ESTA SANTA CAPILLA.

La redacción de esta inscripción es muy defectuosa, pero se ha copiado tal cual se puede leer. Debía decir: este es el sepulcro de, etc.

Sin duda gastada la primera lápida del siglo XV, se repuso ésta en el XVII, de cuya época parecen las letras y abreviaturas, las cuales están ya muy gastadas y especialmente por la parte donde están las letras relativas á D.ª María la Brava.

El palacio que allí había, y en que habitaría aquella señora, fué destruido por los franceses y sólo se ha podido rehabilitar una pequeña parte que nada ofrece de notable.

Las armas de los Enriquez de Sevilla, muy comunes en Salamanca, son escudo acuartelado con dos castillos de oro aclarados de azul en campo de gules (rojo) y dos cruces de sable (negro) en campo de oro.

Tamames.

De Villalba de los Llanos á Tamames el terreno es quebrado y ofrece una serie continua de montes y valles con cierta uniformidad. De esta manera se hallan los pueblos de Carrascal del Obispo, Sanchon de la Sagrada y Carrascalejo. No así Tamames, villa grande é importante situada á la cabeza de un hermoso y ancho valle por el que se dilata la vista con mucho gusto cansada

de la monotonía y estrechez de los anteriores montes y vallecitos. Su anchura es como de media legua y la vista alcanza á descubrir una longitud de unas dos leguas, hasta más allá de Tejada, pueblo situado al otro extremo de aquel hermoso valle, en el que se echa de menos el arbolado, cuya falta es casi general en toda la provincia de Salamanca.

Por lo demás la villa de Tamames poco ofrece de notable para el artista. La iglesia, que no se pudo visitar, parece en su exterior espaciosa y sólida y tiene un ábside elíptico, sostenido por sólidos contrafuertes, como casi todos los de las iglesias grandes de la provincia.

Tamames es célebre en nuestra historia contemporánea por la batalla que allí perdieron los franceses. Todavía se enseña el anchuroso anfiteatro donde tuvo lugar aquella sangrienta escena, en Octubre de 1809, cruzándose por cada parte más de 12.000 hombres de todas armas.

A la salida misma de Tamames y cruzando el campo de batalla se principia á cubrir la pendiente para trasponer la sierra á que da nombre el mismo pueblo. Arranca ésta de la de Béjar, de E. á O., y tiene nueve leguas de extensíon á contar desde San Estéban á San Muñoz, que está dos leguas al O. de Tamames.

Traspuesta aquella pequeña sierra se cruza un hermoso valle en que está el pueblo de Aldeanueva, por donde atraviesa un caudaloso arroyo, sobre el que se ha construido en estos últimos años un lindo puentecillo.

Monasterio de Zarzoso.

A la falda de un monte poblado de espesos robles se halla el convento de monjas del Zarzoso, que en otro tiempo fué villa del señorío de la Abadesa y ahora es despoblado. Ignórase el origen del monasterio, pero debe ser del siglo XIV al XV, pues en 28 de Mayo de 1455 el mariscal D. Gómez de Benavides, hizo al monasterio de Nuestra Señora de Portaceli del Zarzoso, una donación muy pingüe cuyo trasumpto nos enseñó el capellán.

La iglesia es gótica, muy linda y digna de ser conservada con todo esmero: tiene 26 piés de latitud por 24 de longitud. Es pa-

recida á la de Santa Ursula de Salamanca. El presbiterio es espacioso y tiene cuatro capillas adornadas de una preciosa greca muy bien conservada. Estas capillas tienen sus agujas y remates de alcachofa por el estilo de las de la Catedral, Santa Ursula y San Adrian, por las que se viene en conocimiento de la época de construcción de la iglesia, á principio del siglo XVI.

El altar mayor es todo de mármoles y de gusto greco-romano pero no de los más recargados, y en cualquiera otra iglesia estaría muy bien. En el centro se ve una escultura bastante regular de Nuestra Señora de la Asuncion.

El edificio es espacioso y bien conservado, sólido y simétrico; es muy á propósito para la contemplación, por su situación y alejamiento del mundo. Las once religiosas que allí hay, viven muy unidas, contentas y gozan de reputación de austeridad y de recogimiento.

Hácia el año de 1830 sufrieron un robo por rumores de que los frailes habían hecho enterrar varias cargas de dinero en la bodega del convento. Los ladrones no hallaron dinero alguno después de cavar en muchos parajes, y aun lo que llevaron del convento fué muy poco.

La Alberca.

Desde el Zarzoso á la Alberca se cruza un valle frondoso y pintoresco, que quizás sea el más ameno que hay en la árida provincia de Salamanca. Contrasta esta vegetación vigorosa con la enana y raquítica de los valles que se cruzan desde Salamanca hasta el pié de la Sierra de Francia, término oriental de la provincia.

Hállanse arroyos de cristalinas aguas, que bajan de las inmediatas sierras y amenizan el valle por do quiera. El principal es el Yeltes, que pasa por bajo del Zarzoso y al cual vierten otros varios que cruzan el bosque del Cavaco.

Siguiendo por la falda septentrional de la Peña de Francia, se halla el pueblo llamado el Cavaco, de donde toma aquel su nombre. Más al poniente y casi frente al Zarzoso estaba el otro convento en que habitaban los frailes de la Peña de Francia, durante

el invierno, y al lado opuesto el lugar llamado el Caserito, que fué arruinado por los franceses, y que está al pié mismo del cerro de la Peña de Francia.

Éntrase luégo en un terreno fragoso para subir al pueblo de la Alberca. Antes de llegar á éste, se atraviesa el río Francia que corre por un barranco hondo y escarpado y en el que hay un sólido puente.

La posición de la Alberca, aunque agreste, es sumamente pintoresca, rodeada por todas partes de altos y frondosos nogales, manzanos y castaños, que por desgracia están padeciendo de algunos años á esta parte una enfermedad desconocida que los va destruyendo lentamente, privando de amenidad al paisaje y de su principal riqueza al pueblo, que á principios de este siglo era sumamente rico.

Tenía entonces este pueblo sujetos muy ilustres que honrábanle en la catedral y Universidad de Salamanca. En lo espiritual pertenece la Alberca al obispado de Coria. Es probable que en la nueva demarcación eclesiástica desaparezca esta deformidad y se agregue la Alberca al obispado de Salamanca, al que por su topografía corresponde, estando á la parte septentrional de la Sierra de Francia, que es el límite natural de los dos obispados de Coria y Salamanca, como también de las provincias de Castilla la Vieja y Extremadura.

El pueblo está situado al pié de dos altos cerros que lo circundan por Oriente y Mediodía. El primero es el puerto por donde se pasa á las Batuecas y Extremadura. El otro se reconoce por una gran mole redonda de granito que se distingue desde Salamanca. La iglesia y los principales edificios son de aquella piedra. Algunas casas están construidas sobre grandes masas de granito, lo cual le da cierto aire de construcciones ciclópeas.

Iglesia de la Alberca.

La iglesia es sencilla y espaciosa, toda de piedra, de tres naves y el conjunto que ofrece es agradable.

Hay en ella muchas cosas notables, tal como el Santísimo Cristo del Sudor, el cual se dice que sudó sangre el 1.° de Setiembre de

1655, entre tres y cinco de la tarde y al día siguiente por la mañana, de lo cual hay testimonio auténtico en la catedral de Coria, donde se conservan unos corporales teñidos en sangre.

La capilla de los Dolores es bastante espaciosa y linda, y fué construida á expensas del presbítero D. Antonio Gonzalez Pavón, sujeto muy caritativo y que á pesar de haber estado en Indias, de donde vino muy rico, dió todo á la iglesia y á los pobres; en términos que cuando murió no tenía ni aun cama, pues quiso como Santo Tomás de Villanueva, dar en vida hasta el último maravedí y la cama en que murió. Hay todavía sujetos en la Alberca que alcanzaron á conocerle.

Las alhajas que ha podido conservar la iglesia son bastante curiosas, á pesar de que les quitaron 45 libras de plata: hay un cáliz gótico del siglo XVI muy lindo y también lo es el pié de la cruz parroquial.

El pendón de las mujeres.

De resultas de las guerras de Portugal en 1475, atacaron á la Alberca de rebato 500 portugueses. Las mujeres de la Alberca tomaron parte en aquel rebato con tanto denuedo, que saliendo contra los invasores les quitaron el pendón que llevaban, y que en memoria de aquel hecho se guarda todavía en la sacristía de la iglesia.

Es de antiguo damasco carmesí de 44 pulgadas de ancho y 58 de largo. El asta tiene 143 pulgadas de largo hasta el borlón, y desde éste al remate de la pica 17½; el hierro tiene 6½ pulgadas de alto por 2½ de ancho en su base.

Este pendón (1) se saca procesionalmente el día segundo de Pascua de Resurrección hasta las eras en donde la justicia hace algún corto agasajo á los concurrentes.

---

(1) La historia de la Alberca dice que las tropas que perdieron esta bandera pertenecían al Prior de Ocrato, y que andaban saqueando por las inmediaciones de Ciudad Rodrigo. La cruz blanca del pendón y la pequeña dentro de la media luna pajiza eran de la orden de San Juan ó por lo menos parecidas á ellas, aunque no del todo. No es fácil avenir entre sí estas noticias que corresponden á la época de Felipe II, con la fecha que es la de las guerras con motivo de la sucesión de la Beltraneja.

Armas y medidas.

También se guardan en el archivo de la Alberca las antiguas medidas para áridos, y unos chuzos ó venablos, que dicen se custodiaban allí para armarse los vecinos cuando necesitaban salir á caza de fieras. Hé aquí las dimensiones de unos y otros.

La saeta es de forma piramidal y construida de acero templado. Lleva dos aletas de chapa de hierro templado. El asta está pintada de un color oscuro.

Las medidas son tres y servían de tipo para aforar las que se construían en el pueblo para medir áridos. La mayor tiene una capacidad de 2,66 litros, siendo, por tanto, superior al medio celemín de Castilla.

La segunda tiene una capacidad de 2,14 litros, siendo, por tanto, menor que el medio celemín de Castilla.

La tercera tiene de cabida 1,15 litros, exactamente igual á la del cuartillo de Castilla. Las tres medidas son de madera.

El gabán de D. Juan II.

Habiendo venido D. Juan II á la Alberca el año de 1455, compadecido de la pobreza de la iglesia y del mal estado de las ropas, dejó su propio gabán, para que se hiciera alguna vestidura sagrada. Hízose con él una casulla y antes solamente se decía misa con ella en la Noche Buena para la llamada del Gallo.

La casulla es de raso carmesí bordado de oro con grandes cuadros y está aún bastante bien conservada en la sacristía de la iglesia.

Archivo de la Alberca.

En el presbiterio mismo de la iglesia al lado de la epístola está el archivo de la villa, que se abre con muchas formalidades, después de reunir las tres llaves.

Consérvanse en él varios privilegios y pergaminos antiguos. Por ellos se viene en conocimiento de que este pueblo era del señorío de la casa de Alba dependiente de la jurisdicción de la

villa de Granada; que ahora habiendo venido á menos se llama *Granadilla* y está al otro lado de la sierra de Extremadura.

Los privilegios más notables son los siguientes:

Uno original del rey D. Pedro el Cruel, dado en la Era 1393 (año 1355), estando en el Real sobre Toro, confirmando dos cédulas del infante D. Juan, señor de la villa de Granada, dadas la una en el Zarzoso á 25 de Marzo de la Era 1390, y la otra en Montemayor en 29 de Marzo de la Era 1391.

En la primera se concede á este lugar de la Alberca por el colodrazgo, vueltas de las armas y demás rentas y pechos, que no se apremie á ninguno de la Alberca por vecino de Granada sin ser oído en juicio; que si alguno de este lugar quisiere hacer treguas en él, se lo reciban los jurados ante su notario, y sino quisiere hacerlas, los jurados le prendan hasta que las hagan, y no le suelten, ni lleven tampoco preso á Granada. Si algun vecino de Granada demandase á otro de la Alberca hasta 70 maravedís, si este no quisiese responder en la villa, pueda litigar ante los jurados de la Alberca. Que los alcaldes de Granada, cuando vengan á este lugar, coman por cuenta de ellos, y los fieles de esta villa prendan y quiten las medidas que no estuvieren selladas por su concejo.

En la segunda manda que en los repartimientos que se hicieren en Granada asistan dos personas de este lugar y que la cobranza la hagan los regidores de la Alberca.

Por estas cédulas se ve que la jurisdicción de Granada era bastante pesada y por tanto los de la Alberca habiendo adquirido alguna importancia y aprovechando la buena proporción de las guerras civiles, que suele ser la mejor coyuntura para obtener gracias, trataron de irse eximiendo poco á poco de aquella gravosa sujeción.

Otra de D. Fernando de Aragón estando en su Real sobre Balaguer á 9 de Setiembre de 1413, mandando que sus 60 monteros de los pueblos de Salvatierra, Granada, Galisteo, Montemayor y Miranda del Castañar, fuesen libres de pechos en Granada y en su tierra. Todos estos pueblos eran las villas más importantes que entonces había en la Sierra de Francia y sus inmediaciones.

Algunos de estos privilegios ya están publicados en una cu-

riosa obrita titulada *Verdadera relación y manifiesto apologético de la antigüedad de las Batuecas y su descubrimiento*, por el bachiller D. Tomás Gonzalez de Manuel, presbítero del lugar de la Alberca, dedicado al duque de Alba en 1693.

En el archivo se guarda un ejemplar de la obra, y también lo hay en la biblioteca de la Universidad de Salamanca. Hay además otra edición más moderna y correcta en un tomo en 8.° que nos enseñaron en la Alberca; mas por desgracia estaba muy deteriorado y le faltaba la portada.

Las Batuecas.

Para ir á las Batuecas desde la Alberca, á cuyo término pertenecen, se necesita subir una alta y enriscada sierra, que cierra el horizonte de la provincia de Salamanca por aquella parte; y es también el lindero natural de las provincias de Castilla y Extremadura. Al llegar al encumbrado sitio llamado *el Portillo*, se descubre un paisaje montuoso y agreste de escasa vegetación. Una multitud de montañas agrupadas unas en pos de otras y asomando sus peladas cimas, en todo lo que se alcanza á ver, y en la parte inferior un estrecho valle que muy poco promete.

Hasta haber llegado á la mitad de la montaña no se descubre el empizarrado techo de la iglesia: allí el espectáculo cambia de repente, presentándose en el fondo del valle que se domina á vista de pájaro, una vegetación lozana y vigorosa, pero á la par sombría y agreste. Mas para llegar hasta allí hay que dar 23 vueltas y revueltas por el costado de la montaña, no sin peligro por algunos parajes.

Veamos rápidamente lo que fueron las Batuecas, lo que eran y lo que son.

A fines del siglo XVI era el desierto de las Batuecas una dehesa, cruzada por dos arroyos y poblada de jarales, encinas, enebros y otros árboles silvestres. Los vecinos de la Alberca llevaban allí sus ganados en invierno; pues en el fondo del valle rara vez llega á cuajar la nieve á pesar de la mucha que suele haber en los montes inmediatos. Puede formarse idea de lo que eran las Batuecas antes del siglo XVII, por lo que es ahora aquel sitio fuera

de la cerca del convento. La dehesa tenía una legua escasa de longitud y un cuarto de legua en su mayor anchura, si bien por algunos parajes, juntándose demasiado los cerros que forman el valle, dejan apenas un estrecho tránsito á las aguas: tal sucede por detrás del monasterio, en donde los cerros están tan juntos, que parecen terminar allí completamente el valle.

Los padres Carmelitas descalzos se hallaban por aquel tiempo á los principios de su reforma. Prendados de lo solitario y agreste de aquel sitio, retirado de todo comercio humano, y á propósito para la contemplación, se decidieron á fundar allí un monasterio de los que solían tener para su retiro, como era en Castilla la Nueva el desierto de Balargue á las inmediaciones de Pastrana. En ellos procuraban los religiosos del Carmen vivir, no como cenobitas, sino como anacoretas, en continua contemplación y silencio, sin trato alguno exterior, ni aun de predicación y confesonario, como tenían en los conventos.

Negábanse los vecinos de la Alberca á vender la dehesa, que les era muy útil en invierno, pero atentos á la indicación del duque de Alba, señor del pueblo y cuya casa siempre fué muy afecta á Santa Teresa, hubieron de vender una parte de ella.

Los tasadores del pueblo fueron á designar el sitio por orden del Concejo. Habíase instalado allí un religioso en una ermita donde dijo misa. Tasaron en 800 ducados el sitio acotado, precio muy inferior al de su valor real, y eso que alguno de los tasadores tenía que desalojar de allí su ganado. Reconvenidos por ello, no supieron decir sino que después de oír misa no se habían sentido con fuerzas para pedir más.

Por aquel mismo tiempo la fábula vino á dar más interés al sitio de las Batuecas. Suponíase que este valle se acababa de descubrir; ni más ni menos que Colón había descubierto el Nuevo Mundo; que el valle estaba todavía poblado de Alarbes, sin vestigio alguno de religión cristiana, más que algunas cruces toscas y contrahechas. Principióse á hablar de las Batuecas como de un país imaginario y desconocido, y se hizo proverbio en España para llamar á un hombre distraido, el decir, *está pensando en Babia ó está pensando en las Batuecas.* Las Batuecas, pues, quedaban igualadas con los países de Babia y Jauja. Esta patraña

pasó tan adelante, que el maestro Alonso Sanchez en un libro latino impreso en Alcalá en 1632 y titulado *de rebus Hispaniæ* (lib. 7, cap. 5.° de *Batuecis* al folio 368), incurrió en la torpeza de apadrinar esta fábula, dándole cierto colorido romántico. Un paje del duque de Alba se fugó (según se refiere) del castillo de Alba de Tormes con una jóven doncella, de quien andaba enamorado. Temiendo la ira del duque, y que sus escuderos fueran á su alcance, anduvieron ocultos por los montes hasta que al cabo de dos tres días llegaron á un valle sumamente agreste é inaccesible, donde se hubieran fijado sin temor alguno. Mas por desgracia encontraron allí unos hombres bravíos y feroces, que andaban sin aliño alguno, hablaban un idioma desconocido y parecían indios bravos. Asustados con aquel descubrimiento, habían avisado á los pueblos inmediatos, que por lo visto nada sabían, y reuniéndose alguna gente de ellos y los escuderos del duque de Alba, penetraron en aquellas sierras y exterminaron aquellos idólatras.

Mas no debieron exterminarlos por completo, pues el P. Nieremberg refería que dos colegiales de Alcalá que se habían atrevido á penetrar hasta allá (largo viaje era, si lo echaron desde Alcalá), habían tenido que huir á uña de caballo de los Alarbes que poblaban aquellos valles. A la verdad, el terreno es á propósito para correr caballos!

Sobre estos fundamentos vinieron los autores dramáticos á propagar más aquella vulgaridad. El Dr. Juan Perez de Montalbán compuso una comedia titulada *Nuevo mundo en España:* también Lope de Vega manoseó este asunto, y últimamente don Juan Eugenio Hartzenbusch tuvo la ocurrencia de escribir una comedia de magia titulada *Las Batueeas*, hará como cosa de unos 15 años.

El P. Feijóo escribió también sobre la fábula de las Batuecas, combatiéndola como una preocupación ridícula, que aún duraba en su tiempo. Antes lo había hecho ya el citado bachiller don Tomás González de Manuel, cuya apología de las Batuecas tiene por objeto desmentir aquellos dislates, que tuvieron su origen á principios del siglo XVII, época en que inundó á España un diluvio de mentiras, ridículas patrañas, falsos cronicones, plomos

apostólicos, reliquias apócrifas, revoluciones fingidas, milagros tontos; santas que parecían caballeros andantes, que hacían más milagros que las santas. Pero la mentira siempre es hija de algo. Es indudable que la sencillez de los pobres jurdanos, su atraso, incultura, rusticidad, la miseria con que aún en el día viven y su escaso trato de gentes, timidez y encogimiento, dieron lugar á que se les considerase como una especie de salvajes. No sería extraño que si alguno oyó calificar en tono de broma á los vecinos de las Jurdes llamándoles *indios bravos*, tomase la burla por realidad en un siglo de tanto embuste y tan poco criterio. Lo extraño es que fuera á nacer precisamente cuando en las Batuecas se acababa de establecer un instituto de tanta nombradía en España como el de religiosos carmelitas descalzos, y cuando algunos de los sabios que aquel instituto tuvo siempre, solían pasar allá desde Salamanca á retirarse por algún tiempo para la contemplación y ejercicios espirituales.

Veamos, pues, lo que era aquel desierto antes de la exclaustración de sus ascéticos pobladores.

Desierto de las Batuecas.

En el convento de las Batuecas se daba franca hospitalidad durante el día á los que llamaban á la puerta del convento. Cerrado éste por una alta cerca, solamente se entraba por el lado que mira al Norte. Un hermoso y cristalino arroyo que sale por junto á la puerta del monasterio y el puente que se atraviesa para entrar en él, dan cierto aire de fortaleza á este recinto religioso adonde llega anhelante el viajero, que por espacio de media hora ha estado girando por los costados de la montaña pedregosa, sin ver más que el agudo techo de la iglesia y su blanco campanario descollando entre los cedros, cipreses y otros árboles frondosos.

Un ancho zaguán, ó portal, permitía esperar al viajero al abrigo de la intemperie, ínterin que llegaba el lego avisado por la campana. Hasta en esto creía el viajero hallarse trasportado á los antiguos tiempos al llegar á una fortaleza.

Abierta la puerta por el silencioso lego é interrogados los via-

jeros acerca de su venida al desierto, eran conducidos á la hospedería. Si querían confesarse, ó hacer ejercicios, se les designaba director espiritual.

Los religiosos de las Batuecas guardaban siempre silencio, como los cartujos: al encontrarse proferían el fatídico *Morir tenemos*. Una ó dos veces en semana hablaban por poco tiempo y en comunidad.

Durante el adviento y cuaresma se retiraban á las ermitas, y aun algunas veces entre el año.

De trecho en trecho sobre los riscos, en las quebradas del valle y aun alrededor de la cerca se ven diseminadas ermitas. Cada una de ellas tiene su cuartito desahogado para dormitorio, un pequeño oratorio para decir misa, un corredorcito y aun una pequeña cueva para tener agua y provisiones. Uno ó más cipreses marcan desde luego el sitio de la ermita, cual si aquel árbol funerario quisiera indicar que allí había una sepultura para vivir.

Entre todas las ermitas la principal y más contigua al convento es la de Santa Teresa, situada al par de los más altos y hermosos cedros de aquel valle, pasado un puentecillo y en un paraje sumamente fresco y ameno en verano. Allí solía situarse el prior cuando la comunidad se retiraba á las demás ermitas. Cada una de estas solía estar bajo el patronato de alguna casa ilustre que la costeaba, y la de Santa Teresa lo era de la casa de Abrantes. Esta ermita aún se halla bastante bien conservada. Las demás están en su mayor parte ruinosas ó arruinadas. Cada una de ellas tenía su campana. El tocarla á deshora indicaba que el ermitaño se hallaba enfermo ó aquejado de alguna grave necesidad, en cuyo caso pasaba un lego á visitarlo. Para decir misa ayudábanse mutuamente los de las más inmediatas. Al dar el reloj las doce de la noche el prior tocaba la campana, y lo mismo para todas las demás horas del oficio divino, y los ermitaños iban respondiendo con las suyas cada uno por su orden. El no responder con su campana indicaba que el ermitaño estaba enfermo.

Mas no eran solamente los religiosos los que en el desierto de las Batuecas se albergaban. Nuestras discordias políticas habían llegado á profanar aquel recinto, como profanaban todo en Es-

paña. Principióse por enviar allí algunos clérigos díscolos y libertinos, para que en el retiro y la oración, y á vista de la austeridad de aquellos piadosos cenobitas, reformasen su conducta. Después se envió allá por vía de reclusión á varios clérigos complicados en causas políticas, y últimamente hasta seglares. A pesar de que los carmelitas descalzos vivían en todas partes, y con pocas excepciones, alejados de la política, la disciplina que con ellos se observaba en las Batuecas con los reclusos era bastante rígida, como no podía menos de acontecer. Mas como las prácticas de penitencia y devoción son muy oportunas cuando voluntariamente se ejecutan, y rara vez se ejecutan bien cuando se hacen á la fuerza, creo que las reclusiones forzadas en las Batuecas habían producido más hipócritas que santos.

Con todo, no pocos solían ir allí, pero en verano, para dedicarse algún tiempo á la contemplación y al retiro.

La amenidad y soledad del sitio convidaban á ello. Efectivamente, un hombre envuelto en negocios y agitado de continuo por el trabajo del mundo, difícilmente ve una de aquellas solitarias ermitas sin dejar de sentir vivos deseos de pasar una semana en una de ellas para reconcentrarse dentro de sí mismo por algún tiempo.

Mas es de notar que nadie visita generalmente las Batuecas sino en verano. Pero cuando la nieve cubre por todas partes las contiguas sierras, y los árboles se hallan deshojados, y el cierzo sopla por entre las anchurosas grietas de las desguarnecidas ventanas, y la naturaleza aparece por do quiera como muerta, y el jabalí hambriento corre por dentro de la cerca, creo que ha de haber muy pocos contemplativos que deseen trepar hasta una ermita y remedar la vida de aquellos anacoretas, aun sin contar sus rezos, vigilias, ayunos y privaciones.

El convento de las Batuecas.

Aquel cúmulo de edificios toscos y sombríos ofrece mucho para el hombre religioso, no poco para el filósofo y pensador, pero absolutamente nada para el artista. Consiste todo ello en un gran paralelógramo en cuyo centro está la iglesia. Circunda por

la parte interior aquel vasto patio un largo pórtico sobre toscos postes construido, que sirve para comunicarse por todo el edificio y con la iglesia, á cubierto del agua y de la nieve, y para dar paso á todas las celdas y oficinas del convento. Nada de elegancia y de hermosura en el todo, ni en las partes del edificio; cruces de corcho por do quiera constituyen su único ornato. Allí es todo aún más que sencillo; pobre, cual correspondía al instituto, al sitio y al objeto.

El único sitio que tiene algún ornato es el refectorio, y aquel consiste en los monogramas de Jesús y María, y algunos otros objetos religiosos hechos con tiras de corcho sobrepuestas en el techo de madera.

Las celdas, iguales todas, sombrías y estrechas, no ofrecen comodidad alguna, sino un pequeño huertecito con su arroyo, pues el agua corre allí libre y abundantemente por todas partes.

Los adornos de la naturaleza suplen allí por los del arte: preciosos cuadros de boj recortado adornan los contornos de la iglesia, delante de cuya sencilla fachada corría una fuente copiosa con varios juegos de agua.

En la misma galería que circunda la iglesia llaman la atención cuatro capillas, correspondientes cada una á un ángulo de la iglesia. Las cuatro son exactamente iguales y simétricas; las piedras sin pulir y adornadas de conchas y mariscos por el estilo grotesco. En efecto, cada una de las capillas representa una gruta en que se ve un santo anacoreta, y á cada lado otros dos que con él tienen analogía, situados en otras dos grutas más pequeñas.

Las cuatro capillas ó grutas estaban dedicadas á San Pablo, primer ermitaño, San Elías, San Juan Bautista y San Jerónimo. Al lado de cada gruta unos sencillos azulejos contienen dos quintillas á cada santo en versos conceptuosos y altamente gongorinos.

Hé aquí una muestra tomada de la gruta de San Elías:

Del duro suelo hace cama
Elías, por divertir
lazos que Jezabel trama;
que pues cobró buena fama,
bien puede echarse á dormir.

No se copiaron más, pues todas las veinticuatro quintillas son por el estilo.

La iglesia de las Batuecas.

El desierto de las Batuecas podía mirarse como una continua iglesia, pero el centro de aquel desierto era la iglesia del convento. Una cerca rodea las ermitas, las ermitas al convento, el convento á la galería, la galería al jardín, el jardín á la iglesia.

Esta es sencilla, pero espaciosa, en figura de cruz latina. No tiene coro; pues como sólo era para el uso de los cenobitas, servíales de coro toda la iglesia. Las efigies que decoraban los tres altares son bastante lindas, en especial las de San José y Virgen del Carmen.

Detrás del altar mayor hay una espaciosa capilla llamada de *los Entierros*, porque allí eran enterrados los religiosos que fallecían en el convento. Tanto la iglesia como esta capilla eran sencillas y de escaso ornato, aunque no les falta cierta severa majestad en armonía con el desierto.

Afortunadamente se hallan habilitados para el culto, y aún subsisten los altares, los cuadros y las efigies, inventariadas por la Comisión de monumentos artísticos, y que no se extrajeron á la exclaustración de los religiosos por no tener la Comisión fondos para costear los gastos. En el día, habiendo hecho desembolsos el dueño del desierto para habilitar la iglesia al culto, sería ya inconveniente y mal visto el sacarlos de allí, aun cuando conserve la Comisión los inventarios para evitar cualquier enajenación ó extravío.

La fachada nada ofrece de particular; y según una fecha que en ella se lee, fué restaurada á mediados del siglo pasado. Concluye con una doble espadaña ó campanario para cuatro campanas.

Contigua á la sacristía estaba una capilla linda, pero ya en su mayor parte desmantelada, que se llamaba *de la Reina*, porque era de patronato real, á la manera que lo eran otras ermitas de varias casas ilustres.

La ermita del Alcornoque.

Entre todas las ermitas goza de nombradía la llamada *del Alcornoque*. Redúcese al tronco de un árbol, dentro del cual se recogía el ermitaño. Para conservarlo se le revistió por fuera de una tapia, y por delante tiene un cobertizo forrado de corcho. Una tosca puerta cubre la entrada del tronco, al que no se puede penetrar sin agacharse, ni se puede estar con comodidad sino sentado ó de rodillas. Sobre la puerta la triste calavera con los huesos, puestos en aspa, aumenta el religioso pavor que inspira aquel penitente asilo; y si esto no bastara, una tablilla pendiente sobre la puerta dice en toscas pero en claras letras:

Morituro satis.

Todos los viajeros se apresuran á poner su nombre en el corcho del pórtico, sin que baste la prohibición expresa del dueño actual de la finca.

Con todo, allí no suena más que un nombre, y nombre que sin estar grabado en ninguna parte durará cuanto dure la ermita del Alcornoque, y cuanto dure quizá el monasterio de las Batuecas.

Pocos años antes de la exclaustración vivía allí un religioso llamado el P. Acebedo, más comunmente el *P. Cadete*, pues lo había sido en el ejército por algún tiempo. Era además hijo de una familia noble de Asturias. Amargas decepciones y los remordimientos de juveniles extravíos le llevaron al claustro al P. Acebedo, y del claustro al desierto de las Batuecas. Su silencio era profundo, su oración continua y su sitio predilecto la ermita del Alcornoque, en donde se le veía casi de continuo de rodillas, ó echado, con la frente hundida en el polvo y cubiertos los oídos con las manos. Los que alcanzaron á conocerle hacen un retrato de él como el que hacía Santa Teresa de San Pedro Alcántara: «*Era tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles; con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era preguntado.*» También lo era el P. Cadete con los que acudían á confesarse con él, que solían levantarse de sus piés tan compungidos como consolados. Después de impo-

nerle al penitente una severa que le aterrorizaba, pareciéndole imposible de cumplir, encargábale ejecutara una pequeña parte, ofreciéndole él cumplir la restante; y no era el P. Acebedo quien estas ofertas hiciera en vano.

Su tono de voz era siempre pausado y grave; hablaba como un hombre inspirado. Una palabra suya bastó para que el P. La Calle dejase su canongía de Palencia y entrase jesuita.

El P. Cadete, en unión de otros pocos religiosos, logró permanecer en las Batuecas por algún tiempo aún después de la exclaustración. Allí murió poco después, y allí yace en la capilla de los Entierros, detrás del altar mayor, en el número 2. Su nombre es todavía popular en la Sierra de Francia, donde siempre se oye con respeto.

Las Batuecas en su estado actual.

El arrendador del sitio presenta á los visitadores un album en que están las prescripciones á que estos deben atenerse, y en que se les suplica consignen allí sus pensamientos y observaciones.

No pocos de los que allí iban se consideraban autorizados para cazar á su arbitrio, talarlo y destrozarlo todo, ó profanar aquel sitio con inmundas bacanales. Fué preciso se advirtiera en el album á estos sujetos lo que la buena educación hubiera hecho innecesario se tuviera que advertir.

No ha faltado tampoco quien al estampar sus observaciones en el album ha prorrumpido en invectivas contra el *estéril misticismo*.

Hé aquí las ideas que sobre poco más ó menos, y por lo que recuerda, estampó en el album el autor de esta Memoria:

«Dos sitios me han impresionado fuertemente en este desierto: la ermita del Alcornoque, donde todavía parece presidir la sombra del P. Acebedo como reina allí su memoria. ¡Cuán terrible es aquel *morituro satis* en lo que fué su ermita! ¿Cómo hay necios que se atreven á estampar allí su nombre? ¿Quiénes son estos entes obscuros que allí han dejado sus obscuros nombres?... El otro sitio que me causó viva impresión fué el refectorio; la obscuridad que allí reina, aquella cruz junto á la entrada y la

otra en el testero, la calavera en el púlpito, los nichos vacíos de los libros, el artesonado de corcho, son emblemas que hablan al alma religiosa mucho más fuertemente que la momia que los egipcios paseaban alrededor de la mesa del festín. ¡Oh qué diferencia entre unos y otros símbolos, y entre sus tendencias y significaciones!

Más de una hora pasé allí en silencioso recogimiento, y mi mente penetraba en lo pasado y evocaba los tiempos que fueron para no volver, y creí distinguir aún las sombras de los piadosos ascetas que poblaron aquellos sombríos recintos, desengañados de la vanidad del mundo y dirigiendo á Dios sus fervorosas preces. Y esta noble misión de rogar por los pecados de sus hermanos y expiar los propios, calmar la cólera divina, elevar su pensamiento á Dios, autor de todo bien, criador de la naturaleza vivificadora de estas sombrías soledades, y que algún día las reducirá á la nada, ¿se llama contemplación estéril? Consagrar el recogimiento en el otoño de la vida, manchada quizá con extravíos, ó lacerada con amargas decepciones, ¿será faltar á su misión? ¡Oh, el materialismo en todas sus partes ha de ser estúpido, avaro, egoista, ridículo y ramplón!

¿Querrá negarse la verdad de la palabra de Cristo, que mandaba orar y lo enseñaba con su ejemplo retirándose él mismo al desierto por largos períodos? Quien tal hiciere no es católico, ni español, ó lo será, cuando más, espúreo y degenerado.

¿Qué eran estas rocas y estas breñas antes que la religión las fecundara? ¿Qué son hoy en día respecto de lo que fueron? ¿Qué serán quizá dentro de pocos años, si les falta la generosidad del dueño que aún las sostiene, pasando á manos de avaros especuladores ó de administradores negligentes? ¡Oh, tú que vienes á visitar esta agreste é imponente soledad: si eres católico, contempla; si eres protestante, admira; si eres necio, calla; si eres impío, puesto que eres dos veces necio, calla y vete luego!»

Las Jurdes.

Ya se dijo algo acerca de las Jurdes y de los jurdanos al hablar del fabuloso descubrimiento de las Batuecas. Dáse el nom-

bre de Jurdes á unas dehesas que hay en el valle mismo de las Batuecas y á poca distancia de estas. El terreno es agrio y pobre en su vegetación; lo hace aún más ingrato la habitual indolencia y flojedad de sus habitantes y el gran atraso de civilización en que viven. Apenas tienen trato alguno y no pocas veces al ver un forastero huyen y se esconden en sus casas. No tienen médicos ni menestrales para los oficios más precisos de la vida; ellos se curan entre sí y á su modo con plantas cuyas virtudes conservan tradicionalmente como los salvajes. Su alimento es, más que ténue y parco, pobrísimo, pues su habitual miseria no les permite otra cosa que algunos fréjoles y patatas; pan y leche muy raras veces y éste de ínfima calidad cuando lo comen. Algunos de ellos apenas tienen idea de haber comido carne alguna vez, y ni aun suelen llevarla sus empobrecidos estómagos.

En el invierno pasado han sufrido muy cruel hambre, muriendo muchos de miseria dentro de sus chozas, pues no merecen otro nombre las casas en que viven.

El primer pueblo que se encuentra en el valle siguiendo el río que baja de las Batuecas se llama las Mestas y es lo más principal de las Jurdes. Tiene una iglesia bastante regular. Parte de la expedición llegó hasta allí. El catedrático de Física D. Dionisio Barreda, en la memoria que acompañó á sus observaciones barométricas é hipsométricas, recogidas en esta expedición, hace esta descripción del valle de las Jurdes y de sus habitantes.

Extiéndese este valle en la dirección de N. á S. y siguiendo la corriente de las aguas, no lejos del arroyo de las Viñas se halla el puente primero que conduce hacia las Mestas, por el cual se pasa á la orilla derecha del río, y faldeando la vertiente oriental del valle se vuelve á pasar aquél por el puente segundo con el fin de tomar la vertiente occidental, siendo acaso el desnivel que se halle entre ambos puentes y caminando á corta distancia de las aguas que recorren el fondo del valle. Estréchase éste sobre manera en el trayecto anterior empezando á ensancharse desde el segundo puente hasta las Mestas. Para llegar hasta este punto hay que ascender bastante sobre la vertiente occidental, bajando en seguida proporcionalmente. Descúbrense desde el camino los variados accidentes del terreno y la carencia del cultivo. Algunas

descuidadas praderas, algunos olivos casi abandonados á sí mismos, y pocas castañas raquíticas forman su vegetación. La soledad de los áridos desiertos es la que allí reina, y hasta las aves parécenos han huido de aquellos sitios, no habiendo escuchado el menor trino ni visto pájaro alguno en todo el espacio que media desde el puente primero hasta las Mestas.

Es el pueblo de las Mestas el primero que se encuentra en aquella dirección y pertenece ya á la provincia de Cáceres, cuyos límites con la de Salamanca se hallan en el puente segundo ya mencionado. Sus habitantes, lo mismo que los que se hallan esparcidos por aquellas montañas, son los conocidos por los Jurdanos, sobre cuya educación atrasada y sus costumbres se cuentan tantas consejas, verdaderas algunas y supuestas la mayor parte. Dedicados á la vida pastoril no se ocupan en el cultivo de la tierra, y sus ganados y colmenas forman toda su riqueza. Estas ocupaciones y las pocas necesidades que se crean y su falta de comunicación con los habitantes de los valles circunvecinos les dan un carácter tosco, rudo y semi-idiota y hasta enfermizo y degradado por su falta de higiene.

Ocupa el pueblo una corta meseta que se eleva á la orilla derecha del río, y el poco terreno cultivado que se observa en sus contornos revela lo que pudieran ser si la mano inerte hoy de sus habitantes le trabajase como trabajan otros más ingratos, de peores condiciones y clima, los montañeses de Asturias, de Galicia, de Cataluña y Vizcaya. No será fácil que se borre tan pronto de mi memoria el triste cuadro que á las inmediaciones de la iglesia formaban en torno nuestro, aquellos famélicos habitantes andrajosos, sucios, enfermos y semi-idiotas.

La Peña de Francia.

Dase este nombre á un elevado cerro á distancia de doce leguas de Salamanca y una de Alberca.

Su elevación es de 1.482,4 metros, según las alturas que tomó y experimentos que hizo el catedrático de Física D. Dionisio Barreda. Descúbrese desde muy léjos, y domina con su elevación á la serranía de Francia á la que da nombre. Cuál fuera la etimolo-

gía de éste se ignora. Dícese, no se sabe con qué fundamento, que habiendo poblado por allí algunos franceses de los que vinieron con D. Ramón de Borgoña, á cuya mujer D.ª Urraca se dió el señorío de Salamanca y su país, dieron á esta sierra y peña el nombre de su país natal.

La cima de esta montaña se halla la mitad del año cubierta de nieve. El aire es muy raso y sutil, y los vecinos de los pueblos inmediatos decían que los frailes no podían criar gallinas en el convento porque morían al poco tiempo de estar en él. Desde su alta cumbre se descubre toda la provincia de Salamanca y aun las entradas de Zamora, Ávila, Burgos y Portugal.

Por la parte de Oriente y en el sitio donde se descubrió la imagen de la Virgen, la peña está tajada en una elevación de 200 varas no pudiendo asomarse sin horror á tal precipicio.

No pocas veces mientras las nubes descargan las lluvias sobre los campos á la falda de la montaña, gózase en ésta del sol y serenidad, viéndose desde el convento los relámpagos y exhalaciones que rasgan las nubes, y oyéndose las detonaciones á la parte de abajo.

Mas otras veces los vapores circundan el monasterio y la cima de la montaña, y el espectáculo en tales casos solía ser muy poco halagüeño, rodeados los habitantes de electricidad.

En 1827 una espesa y amenazadora nube circundó el monasterio el día 7 de Setiembre, á la sazón que la gran plaza del convento se hallaba llena de la mucha gente que á la feria había concurrido. Desde los pueblos inmediatos vieron con terror aquella negra nube envolver á la blanca masa del convento, que se destacaba en la cima. El relámpago hendió el aire, y sin intermisión apenas retumbó el trueno y la campana del convento sonó cual si pidiera socorro. Acudieron de los pueblos inmediatos y hallaron un espectáculo horroroso; la descarga eléctrica había matado siete personas y varios animales, otras se hallaban heridas ó medio asfixiadas: ninguno de cuantos había en la feria y en el convento habían dejado de sentir el sacudimiento eléctrico.

Un sujeto que se hallaba allí me refirió que tres minutos antes acababa de oir una blasfemia en boca de uno de los muertos por el rayo, quejándose de lo poco que vendía.

La Virgen de la Peña de Francia.

La Sierra de Francia era uno de los distritos más monásticamente poblados de España.

Al Mediodía tenía las Batuecas, al Poniente la Peña de Francia con sus dos conventos; más allá, y al frente en la opuesta cordillera el monasterio del Zarzoso y el convento de franciscos de Nuestra Señora de Gracia; estos cuatro conventos estaban en un cuadro de unas cuatro leguas escasas.

Entre todos ellos sobresalía el convento de la Peña de Francia, por su nombradía, su riqueza, su antigüedad, elevación y tradiciones. Hé aquí su origen, según estas refieren copiándola al efecto de una obra que relata el nuevo en pocas palabras, con la candorosa sencillez con que escribían acerca de estas cosas nuestros antepasados (1).

Hacia el año 1434 se presentó en Salamanca un extranjero llamado Simón Vela. Llamóse así porque estando en Paris se le apareció tres veces en sueños la Virgen diciéndole que velase, y como la Virgen le decía: *Simón vela*, de ahí le quedó el nombre de Simón Vela. Díjole la gran Reina que buscase la Peña de Francia, que en ella haría su santa imagen. Salióse de Paris y fuese en busca de la Peña, en cuya empresa empleó más de siete años, hasta que encontrando unos carboneros que decían iban á hacer carbón á la Peña de Francia, siguiólos, y llegando á la Peña se quedó una noche allí, donde le cayó una piedra en la cabeza, que hiriéndole le maltrató no poco y oyó una voz que decía: «Donde vieres la piedra teñida con tu propia sangre, cava y allí hallarás lo que buscas.» Así fué que halló una imagen hermosísima, y aunque Simón curó de la herida, queda hoy en el día en la calavera un grande hueco.

Hasta aquí la piadosa tradición. La crítica tiene que mostrarse algo benigna con estas sencillas narraciones de nuestros padres, con que se vestía á veces el origen de ciertas cosas, cuya verda-

(1) *Año virgíneo*. Tom. III, pág. 309.—Había además una historia de la Virgen de la Peña que refería su descubrimiento y milagros. Esta obra es ya muy rara hoy en día. Fué escrita por Fr. Juan Telilla y aumentada por Fr. Juan Gil Godoy.

dera procedencia ya no es fácil averiguar; y como por otra parte son de poca trascendencia histórica, á nadie perjudican, y aun el analizarlas pudiera causar escándalo entre la gente sencilla, preciso es contentarse con narrar sin discutir.

Mas con lo que no se puede convenir, es con lo que asegura el piadoso morador de ser una hermosísima imagen. Claro es que al hombre piadoso y al católico ilustrado, poco le importan la mayor ó menor belleza y perfección de la escultura. Como no termina su culto en la materia, sino en otra más elevada idea que aquella representa á los sentidos, poco le importan la calidad y precio de la materia ni la mayor ó menor belleza de su forma, pues á través de ella distingue su mente otras más perfectas y celestes.

Mas el artista no transige fácilmente con estas apreciaciones, y en efecto, la efigie hallada por Simón Vela, no pasa de ser una escultura tosca del siglo x al xiii, con la cara aplastada, las narices postizas y casi triangulares; y como por otra parte el bermellón con que estuvo abundantemente confeccionada la encarnación, se ha oxidado, resulta un color negruzco y de mal efecto, como en otras muchas efigies antiguas.

Su escultura es coetánea del Cristo de las Batallas, que fué del Cid, y que hoy en día se venera en la catedral de Salamanca. Aún tiene algo de parecido á la otra efigie de bronce de Nuestra Señora de la Vega la patrona de Salamanca, que hoy en día se halla colocada en el camarín del altar mayor de la iglesia de San Estéban.

Yo creo que tanto la efigie de Nuestra Señora de la Peña de Francia, como las otras que Simón Vela encontró en aquel sitio, fueron conducidas allí por los cristianos del país, durante la invasión de Almanzor, ó algunas otras de aquellas en que los árabes talaron con harta frecuencia las comarcas de Zamora y Salamanca. Es de presumir que los cristianos del país tratasen de aprovechar aquella eminencia donde fácilmente podían guardarse y encastillarse contra los árabes, defendiéndose pocos contra muchos, y que al trasladarse allá con sus lares, no olvidaran tampoco sus penates, ó hablando cristianamente las efigies de su devoción. Quizá próximos á sucumbir en aquellas enriscadas for-

talezas bajo el alfanje agareno escondieran aquellas en la Sierra, para evitar su profanación, dejando á cargo de la Providencia el descubrirlas si ellos morían.

Esto no pasa de una conjetura, pero harto verosímil; y que es la clave de tantas efigies antiguas, descubiertas, ó aparecidas en España. Ello es que no lejos del sitio donde hallara aquella efigie Simón Vela, encontró también otra de Cristo crucificado y otras de Santiago y San Andrés, que en sus correspondientes ermitas se veneraban, cabe el convento, en los sitios que la tradición designaba como puntos de su hallazgo respectivo.

Ermita de Nuestra Señora la Blanca.

Cuatro son los edificios principales que coronan la cúspide de la Peña de Francia, á saber: la iglesia de Nuestra Señora la Blanca, la iglesia, el convento y la hospedería: hállanse estos unidos por medio de un pórtico sostenido sobre esbeltas columnas de piedra berroqueña que forman con los citados cuatro edificios una plaza anchurosa, aunque irregular.

El primero que se encuentra en ella es la iglesia de Nuestra Señora la Blanca. Es una linda iglesia gótica plateresca, sencilla, pero elegante y sólida. Construyóse sobre el mismo sitio donde se encontró la Virgen. Bájase á esta por una angosta escalera, que termina en una covacha cavada en la peña, y cuyo único adorno es el de un altar sencillo de piedra berroqueña con un bajo relieve de lo mismo.

Esta iglesia se está habilitando ahora para volver la Virgen al sitio de su aparición, por Real orden de 10 de Abril de 1856, para cortar de este modo las rencillas de los pueblos comarcanos que en estos últimos años pasaron ya á vías de hecho, en medio de los disturbios políticos.

Las bóvedas de la iglesia han resistido á la acción del tiempo y de las nieves, á pesar de haberlas tenido sin techo por espacio de más de veinte años. Son todas de piedra berroqueña, y en las claves de sus arcos se ve el monograma de Simón Vela (S. cruzado con V.) alternando con las armas de Castilla y León.

Iglesia y convento de dominicos de la Peña de Francia.

No era en el sitio de su aparición donde se colocó á la Virgen, sino en la grandiosa iglesia que al efecto erigieron los frailes de Santo Domingo.

Al verificarse aquella, los obispos de Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Coria se disputaron la posesión de la ermita construida por Simón Vela. En efecto, la Peña de Francia está enclavada en el punto de convergencia de los tres obispados.

Para evitar disputas D. Juan II dió la Virgen al orden de Predicadores, de que era muy devoto, por contar á Santo Domingo de Guzman entre sus ascendientes. Al mismo tiempo dió al Prior el señorío temporal de toda la cúspide de aquella montaña, viniendo de este modo á formarse allí por privilegio y Bulas Pontificias un Priorato exento y *vere nullius* con jurisdicción espiritual y temporal, que ejerció el Prior hasta el tiempo de la exclaustración. Esto contribuyó á dar gran importancia al convento, priorato é iglesia, á la que la devoción hizo afluir en breve grandes riquezas y no pocos privilegios.

La iglesia es gótica y de tres naves espaciosas, cada una de ellas de cinco arcos por lado. La longitud de la iglesia es de 140 pasos por 70 de ancho. La capilla mayor tenía una imperfección notable, pues el arco toral que la daba entrada se hallaba reformado con un machon, ó contrafuerte que desfiguraba la capilla mayor haciendo que ésta no correspondiese exactamente al centro de la nave.

Fuera destrozo causado por el rayo, ó por la acción incesante del tiempo, ello es que el remiendo echado á la capilla mayor la afea extraordinariamente. Por otra parte el coro, el púlpito y otros varios adornos eran de gusto moderno y desdecían del resto de la iglesia. Este se halla tan destrozado en todos conceptos, que es ya casi imposible su reparación. No se comprende cómo á tal altura, y con la devoción que inspiraba aquel recinto en los pueblos haya hecho allí tantos estragos el vandalismo impío.

Otro tanto sucede en el convento del cual apenas quedan las paredes y una puerta gótica del tiempo de su fundación, á mediados del siglo XV. Del mismo tiempo es la hospedería sobre cuya

puerta campea el escudo de D. Juan II. Allí encontraban franca, gratuita y generosa acogida cuantos peregrinos, devotos y viajeros concurrían á visitar la Virgen. Más de cuarenta personas se refugiaron allí durante el cólera de 1834 por espacio de cuatro meses y se vieron libres de aquel azote. Una de ellas era D. Juan Nicasio Gallego.

Poco tiempo después, estando los religiosos cantando vísperas, llegaron sesenta nacionales de Sequeros, y apoderándose de la iglesia cargaron la Virgen y sus alhajas en unas cestas y la bajaron á su pueblo. Los religiosos quedaron llorando su desamparo. Al saberlo los de la Alberca tocaron á somatén y se armaron más de 300 hombres para salir á quitarles la Virgen. A duras penas logró el párroco contenerlos ofreciendo que se remediaría todo por medios legales, ello es que la Virgen de la Peña quedó encerrada y casi oculta por muchos años en el camarín de la Virgen del Robledo, con harto disgusto de los pueblos inmediatos, que por estas y otras causas se declararon en hostilidad abierta contra Sequeros.

Las cosas llegaron á tal extremo que en 1854 más de 500 hombres de la Alberca marcharon armados contra Sequeros, dispuestos á entrar á viva fuerza en el pueblo y arrancarles la efigie de la Virgen si buenamente no la querían entregar.

De allí fué conducida á la Alberca, donde actualmente está. El dia 13 de Agosto de este año se principió la obra para la rehabilitación de la linda iglesia de Nuestra Señora la Blanca, donde se la va á colocar de Real orden para evitar las rencillas entre los pueblos comarcanos. Al mismo tiempo se le habilitará una parte de la hospedería á fin de que sirva para habitación del capellán y dos ermitaños, á quienes se permitirá pedir limosna para el culto de la Virgen y manutención de ellos.

Cuando los frailes ocupaban el convento, en llegando á Todos Santos, dejaban allí dos ó tres individuos, para custodiar la Virgen, y el resto de la comunidad se bajaba á otro monasterio, que tenía poco separado de las faldas de la Peña donde se subían periódicamente algunas provisiones á los que habían quedado arriba reclusos y casi en tinieblas entre la nieve que durante muchos meses envuelve totalmente el monasterio.

Sequeros.

Salimos de la Alberca el domingo por la tarde para Sequeros. El camino para esta villa es agrio, pero pintoresco, principalmente antes de llegar á Mogarraz y en la hondonada de un valle que hay entre este pueblo y el de las Casas del Conde. Este se halla situado en un cerro de bastante elevación. A la salida del pueblo que está á la mitad de la cuesta, hay una subida sumamente agria y pendiente, donde las caballerías resbalan con facilidad.

En lo más alto del cerro está Sequeros en una planicie muy pintoresca, y domina todo el país circunvecino, como en un vasto panorama. El nombre se deriva, según dicen, de los *secaderos* ó *sequeros*, de castaña que en él había.

Esta villa fué hasta 1756 dependiente de Miranda del Castañar, cabeza del condado de Miranda y de toda aquella tierra. A fin de emanciparse de aquella acudieron al Consejo de Castilla donde se siguió un expediente ruidoso, en que probaron que los de Miranda los tenían tiranizados, que les exigian tributos indebidos, les llevaban las mieses y no se las pagaban á los del pueblo, y les hacían otros muchos desafueros. Con esta prueba, y el pago de 23.823 reales 20 maravedises y de otros muchos gastos y gajes lograron que se declarase á Sequeros villa *por sí* y *sobre sí* al tenor de la administración de entonces con alcaldes y ayuntamientos propios y derecho de llevar varas levantadas que vino á traerlas desde Madrid un alcalde enviado por el Consejo.

El expediente es muy curioso, y se conserva original en el pueblo. El Consejo al motivar la sentencia dice que lo hace para mayor prosperidad, aumento y población de la villa, y en efecto, desde entonces ha prosperado tanto que en el día es cabeza de partido y juzgado de primera instancia, y uno de los pueblos importantes de la provincia de Salamanca.

La Virgen del Robledo.

Al llegar á Sequeros descúbrese lo primero la Virgen del Robledo, ó del Robledal, en una posición muy pintoresca, rodeada

de robles y cipreses, y desde la cual se descubre una hermosa perspectiva por toda la extensión de las faldas de la sierra.

Apareciose esta Virgen á una joven de Sequeros llamada Juana Hernández, hija de Santos Hernández, arriero, doncella sumamente piadosa que vivia á principios del siglo XV y es tenida con veneración en aquella villa. Murió diez años antes de la venida de Simón Vela, siendo de edad de unos 30 años. Al irla á enterrar, se incorporó en el ataud y para consolar á sus padres, que según la costumbre de entonces, acompañaban al funeral, les vaticinó que dentro de pocos años se hallaría una efigie que sería el consuelo de aquel país.

Este milagro estaba pintado en uno de los cuadros que decoraban el altar mayor de la Peña de Francia. La calavera de la *profetisa Juana* (que así la llamaban en el pueblo) se enseña en la iglesia del Robledo en una caja de cristal, y los documentos relativos á este prodigio, se conservan en un arca de la sacristía.

En la misma sacristía se enseñan también en otra urna de cristal los huesos y calavera de Simón Vela. Esta conserva todavía un agujero en el ocipucio que dicen le hizo la Virgen con la piedra que le cayó encima de la cabeza cuando estaba durmiendo. No se concibe cómo pudiera vivir con tal rotura, y es seguro que nadie se condenará aunque no lo crea.

La iglesia del Robledar es linda y espaciosa y aunque está fuera del pueblo, es la matriz, y en ella se hacen las principales fiestas y solemnidades religiosas. Para la administración de sacramentos y demás, hay otra iglesia en paraje más céntrico de la villa.

En esta además se han construido últimamente otros paseos, además del ya citado de Robledo, y uno de ellos cubierto y sirve para las ferias y mercados.

Convento de Santa María de Gracia.

Al hablar de la población monástica de la Peña de Francia se citó ya el convento franciscano de Santa María de Gracia. Este se halla á una legua al SE. de Sequeros hacia la parte de Miranda. En el día no existe: su mérito artístico era nulo, según noticias.

Convento de Nuestra Señora de Gracia en Tejeda.—Regreso á Salamanca.

A la salida de Sequeros continúa presentando un aspecto bastante ameno y halagüeño, merced á las aguas que se desprenden de las sierras inmediatas. En el camino encontramos los pueblecitos de Cilleros, el Parral, y otros de muy poca importancia.

Al traspasar la sierra de la Quilama vuelve á encontrarse el anchuroso valle de Tamames. Al pié de ella está el pueblo de Tejeda, en el que había un pequeño y pobre convento de franciscos cuyo exterior promete harto poco. La suerte fué igual á la del otro de Nuestra Señora de Gracia. Ni un libro, ni un papel, ni un cuadro, llegó á la Comisión de monumentos. En Tejeda había un hermoso y fuerte castillo, cuyos ángulos volaron los franceses en la guerra de la Independencia. De Tejeda en adelante se atraviesan los pueblos de la Moraleja, Peralejos, Vecinos, Sanchiricones y Aldea Tejada vecino á Salamanca.

En todos ellos el terreno es árido y sin verdura alguna, desaprovechado en gran parte y reducido únicamente á tierras de pan llevar, medianamente cultivadas, y montes de encinas con grandes claros en su escaso arbolado.

Salamanca 1.° de Setiembre de 1857.

VICENTE DE LA FUENTE.